

á la política general de su padre. El 4 de marzo pronunció lord Granville, en la cámara de los lores, un discurso que evidentemente había sido concertado antes con el conde de Bismarck, que le oyó en la tribuna. Granville pidió perdón de todas las faltas que había cometido desde algún tiempo antes en discursos, despachos y *libros azules* con motivo de la joven política colonial del imperio alemán, y que habían merecido la censura del príncipe de Bismarck el 12 de marzo en el parlamento. Prometió el noble lord mejorar de política en adelante, comprendiendo que la Alemania y la Inglaterra tendrían cada vez más motivos para mantener buenas relaciones entre sí, pues que estaban dispuestas á encontrarse casi en todas partes del mundo, y finalmente añadió que se apresuraría á realizar la política conciliadora que le había indicado el canciller alemán. Mas léjos fué el 12 de marzo en la cámara de los diputados Gladstone, que pronunció un verdadero sermón, en el cual exhortó á sus compatriotas á despojarse de toda concupiscencia por lo que podía adquirir Alemania como potencia colonial, y á no mirar con envidia ni codicia de mercader lo que de esta manera pudiese perder la Inglaterra. Dijo que Inglaterra no podía cometer mayor falta, tanto en la práctica como en principios, que dejarse dominar por tales caprichos. «Si Alemania llega á ser potencia colonizadora, que Dios se lo bendiga, porque se hará aliada y amiga de Inglaterra para bien de la humanidad. Saludo la entrada de Alemania en este ramo de actividad, y me alegraré de que se una á nosotros para la propagación de la luz y la civilización en los países menos civilizados. En esta obra le acompañarán nuestros deseos más cordiales y todo el estímulo que esté en nuestro poder.» Con esto quedó condenada públicamente por este mismo ministro toda la política que respecto de Alemania habían seguido hasta entonces los ministros de Inglaterra. Este fué el prólogo del arreglo con Alemania sobre los límites de la protección en Africa y Nueva Guinea; digna conclusión de la actividad gubernativa del anciano Gladstone, del cual, después de su caída el 8 de junio de 1884, dijo el príncipe de Bismarck: «Si en el curso de mi vida hubiese yo causado solo la mitad de los perjuicios y de la vergüenza que Gladstone ha causado en pocos años á Inglaterra, no tendría valor para presentarme ante ningún compatriota mío (1)»

El cuarto triunfo de Bismarck fué el que obtuvo después de cuatro días de ardiente batalla oratoria, con la aprobación de la adquisición de vapores para el Asia oriental y la Australia. Con estos triunfos concluyó un período parlamentario en el cual se excedió el príncipe de Bismarck á sí mismo como orador; pues ni antes ni después se expresó con más convicción, con mayor elocuencia que en estos meses, ni nunca estuvo mejor dispuesto á defenderse y replicar.

Particularmente causó impresión profunda una frase suya al final de su gran discurso del 2 de marzo, en el cual dijo: «En las naciones extranjeras los sucesos de Alemania ofrecen un espectáculo notable, y es que en nuestro país y en ciertas circunstancias, como en 1813 y en 1870, brotan de la tierra los hombres armados, como dice la leyenda griega de la Cólquide; pero también suele suceder que en estos casos se encuentre la piedrecita mágica de Medea, que basta arrojarla entre aquellos hombres armados para que se degüellen entre sí mientras el extranjero mira tranquilamente la lucha. Hay cierta verdad en nuestro antiguo mito nacional, según el cual, cuando en su primavera nacional la joven Alemania procura extender su horizonte y prosperar, surgen otros alemanes que destruyen la obra.»

(1) Hahn: *El príncipe de Bismarck*, tomo V, págs. 36 y 37 y de la 160 á 161.

Al terminar su discurso sobre los vapores correos ultramarinos y la política colonial, dijo: «No tengo la costumbre de entretenerme en comparaciones mitológicas; pero me ha atormentado sin interrupción en los últimos veinte años esta analogía de nuestra historia con nuestra mitología alemana. Al hablar de la «primavera de las naciones» he comprendido más que la política colonial; he comprendido en la primavera que hemos tenido los alemanes todo el tiempo en el cual se ha visto favorecida la política de Alemania por la bendición de Dios. Este período empezó con una sensible guerra fratricida, que fué necesaria para deshacer el nudo gordiano, lo cual se consiguió sin las funestas consecuencias que se habían temido. El entusiasmo por la idea nacional era tan grande en el Sur y en el Norte como la convicción de que esta guerra, ó mejor dicho, que esta «operación quirúrgica» era necesaria para curar los males hereditarios de Alemania. Tan pronto como esta convicción se abrió camino quedó olvidado todo el rencor, y pudimos convencernos ya en el año 1870 de que no había menguado el sentimiento de la unidad nacional, y pudimos oponernos á los ataques del extranjero como un pueblo unido de hermanos. (*Vivas prolongados.*) Esto me parecía á mí la «primavera de la nación.» La recuperación de las antiguas comarcas fronterizas alemanas, el establecimiento de la unidad nacional del imperio, la reunión de un parlamento alemán y el restablecimiento del título imperial alemán, todo me lo figuré yo como la primavera de la nación. La política colonial actual solo forma un episodio en el movimiento de retroceso que hemos hecho desde entonces. Esta primavera de la nación poco duró después de la gran victoria. No sé si habrá producido efecto en los miles de millones que por ella suspiraban. Pero después de la victoria ha venido el enemigo hereditario de Alemania: el odio de los partidos, que encuentra su alimento en las luchas dinásticas, religiosas y de fracciones. Esto ha trascendido á nuestra vida pública, y hemos llegado á un estado en que es cierto que los gobiernos continúan fielmente unidos, pero en el parlamento alemán falta aquel lazo de unión que habeis buscado en él y esperábais encontrar. El espíritu de partido nos avasalla y vence, y él es el que con su voz de Loti induce á Hodur, el elector primitivo, que no puede medir la trascendencia de los sucesos, á que dé el golpe de gracia á la patria. A éste es al que acuso ante Dios y la historia si por él se destruye la magnífica obra de nuestra nación de 1866 y de 1870 y se pierde por la pluma lo que ha ganado la espada.» (*Grandes aplausos y bravos en la derecha, siseos en la izquierda; repetidos aplausos en la derecha y en las tribunas.*)

En su discurso de la sesión siguiente habló sobre la Prusia en tiempo de la dieta alemana de Posching, y del gusto con que la Alemania actual volvía los ojos á las mezquinas reyertas de la unión política de aquellos días, haciendo sobre esto la consideración siguiente: «No pierdo la esperanza de que los electores de Posching de 1912 miren con el mismo sentimiento de satisfacción á nuestro tiempo presente y digan: «Verdaderamente que nosotros somos mejores que los que vivían en aquella época;» yo no me exceptúo de la regla. Admito que el pedantismo de fracción y de partido han pasado algo de moda. Lo que me anima á pensar así son los signos que descubro en nuestra generación creciente. En nuestra juventud hay un impulso nacional completamente distinto y una idea mucho más elevada de la vida política comparada con la que existe en la mente de mis contemporáneos, que han atravesado por los años de 1847 y 1848 con el indispensable sello de fracción y partido, que no pueden borrar de su piel. Dejad que nos muramos todos y entonces se verá florecer á Alemania. Nosotros somos momentánea-



El príncipe de Bismarck

mente el obstáculo que se opone á su desarrollo nacional; nosotros estamos aun demasiado llenos del espíritu batallador de los partidos y creemos aun en la grandeza de éstos y en la importancia del problema de si ha de ingresar uno en éste ó en el otro, si se han de ganar las elecciones ó triunfar en esta ú otra parte. ¡Cómo regocija este triunfo los corazones, sin exceptuar el mio! Yo tambien me alegro como un niño cuando alcanzo la victoria. Pero confío en que la nacion alemana, y sobre todo la *juventud escolar*, esa juventud que ha estudiado bajo la impresion de la gran era que ha inaugurado nuestro emperador á la cabeza de su ejército, mirará con ojos de Posching á la política actual y al espíritu intransigente que divide las diez ó doce fracciones que luchan unas contra otras. Esta es la esperanza con la cual moriré tranquilo.»

En medio de los disgustos y sinsabores que le ocasionaba el parlamento, consolábale la fidelidad del emperador y de los príncipes alemanes y el entusiasmo nacional de la juventud alemana. Esto fué tambien lo que repitió, recalcándolo, en medio de los grandiosos homenajes que con motivo de su septuagésimo cumpleaños, en 1.º de abril de 1885, le tributaron todas las clases sociales de Alemania. Inauguraba la larga serie de regalos un magnífico cuadro enviado por el emperador. Representaba la *Proclamacion del nuevo imperio alemán* en la sala de los espejos del palacio de Versalles y era obra del célebre pintor Antonio de Werner. Este honroso presente iba acompañado de la carta mas hermosa que ha escrito jamás un monarca á su ministro. Decía así:

«Mi querido príncipe: Cuando en la nacion y pueblo alemán se muestra el ardiente deseo de probar á usted en su septuagésimo cumpleaños que el recuerdo de cuanto ha hecho por el engrandecimiento de la patria vive en tantos agradecidos corazones, yo á mi vez siento la imperiosa necesidad de expresar á usted hoy el gran júbilo que me causa contemplar la inmensa ráfaga de agradecimiento y veneracion hácia su persona que atraviesa el país.

»Me alegra ese reconocimiento, tan merecido en verdad, y conforta mi corazon el ver que ha encontrado eco en todas partes, que honra al presente á la nacion y fortalece las esperanzas fundadas en su porvenir; pues demuestra que, sabe apreciar la grandeza y la verdad, honrando y festejando los esclarecidos méritos de sus hombres.

»Mucha alegría nos causa á mi casa y á mí el tomar parte en esta gran fiesta, y deseamos expresar á usted, por medio del adjunto cuadro, con qué íntima expresion de agradecido recuerdo lo hacemos. Representa uno de los momentos mas solemnes en la historia de la casa de los Hohenzollern, y nunca podrá pensarse en él sin recordar los méritos de usted.

»Bien le consta, mi querido príncipe, que siempre vivirán en mí la mas completa confianza, la mas sincera inclinacion y el mas entusiasta agradecimiento hácia usted. Por lo tanto no le digo nada que no le haya repetido con harta frecuencia, y pienso que este cuadro será ante los ojos de sus descendientes el testimonio de que su emperador y su rey con toda su casa estaban bien convencidos de lo que tenían que agradecer á usted.

»Con estas ideas y sentimientos termino estas líneas, que han de subsistir mas allá del sepulcro.

»Su agradecido, fidelísimo y adicto emperador y rey.

»Firmado: *Guillermo*.

»1.º de abril de 1885.»

A las entusiastas felicitaciones del Consejo de la Confederacion, pronunciadas por De Lutz, ministro de la Gobernacion, en honor del «valiente campeón de la patria y de su constitucion,» contestó el príncipe de Bismarck en un largo discurso, en el cual expresó que los resultados obtenidos

en 1870 se debían en primer lugar *al concurso de los príncipes alemanes en union de su imperial señor*, y los que databan desde el citado año de 1870 *al unánime concurso de los representantes de los Estados alemanes*, los cuales, renunciando fácilmente á lo menos esencial é importante, se habian unido siempre para cumplir con sus principales deberes. Añadió que la garantía mas firme que á la sazón tenia la nacion alemana consistia en la *unidad de ideas de los príncipes y Estados alemanes*, pues que se habian realizado las esperanzas de que la *representacion parlamentaria* de la nacion, que se perdía en fracciones políticas, contribuiría á afianzar el imperio.

A los homenajes de los estudiantes, contestó: «Tengo depositada mi confianza para el porvenir de la patria en la juventud académica.» Esta manifestacion del antiguo estudiante que habia ejecutado el programa de la *Burschenschaft* (asociacion política estudiantil de Alemania), fué la que señaló el inmenso campo de accion abierto por este medio á la vida nacional, cerrando el abismo existente desde tan remoto tiempo entre el Estado y la juventud escolar, entre el positivismo del Estado y los sueños y presentimientos de la ardiente sangre juvenil. Cuán firme era su confianza en el espíritu en que se habia formado esta juventud, lo demuestra el hecho de la fundacion que hizo en recuerdo de la celebracion de su cumpleaños.

De las suscripciones organizadas despues del 15 de diciembre para indemnizar al canciller, con un donativo nacional de honor, de la injusticia con que habia sido tratada su persona en el parlamento, habíanse reunido el dia de su cumpleaños mas de un millon de marcos, con cuyo capital habia vuelto á adquirirse para el príncipe la antigua propiedad de sus mayores, *Schonhausen*, que habia perdido la familia en el transcurso del tiempo. Este era el regalo de honor de la nacion, que fué entregado al canciller en nombre de la comision por el duque de Ratibor el 1.º de abril de 1885.

Despues se recaudó mas de otro millon de marcos de las suscripciones, del cual podia disponer libremente el príncipe; y entonces éste hizo uso de su derecho para honrar á los *maestros elementales*, protegiendo eficazmente á los preceptores de la juventud académica, á quienes confió el porvenir de su fundacion. De la suma total de 2.750,099 marcos, descontando 20,905, habian sido empleados 1.500,000 en la finca de *Schonhausen*, y con lo restante, que importaba 1.229,194 marcos, fundó el príncipe de Bismarck el *Instituto de Schonhausen*, destinado á recompensar con mil marcos anuales á candidatos del profesorado elemental que habiendo hecho su exámen estuviesen en expectativa de colocacion. «El profesorado elemental, —dice el príncipe de Bismarck en su escrito de fundacion dirigido al duque de Ratibor, en 16 de enero de 1886,—necesita mas que ninguno un apoyo especial, por ser el plantel donde se ha de cultivar el *pensamiento nacional*; y en sus ideales, sin los cuales el maestro no podria permanecer fiel al profesorado, tan penoso y raras veces bien retribuido, ha de oponer un contrapeso moral al materialismo de la época. El cultivo y la conservacion de estos ideales en la juventud están en manos del maestro y son de gran importancia para el desarrollo nacional (1).»

De este modo estaba constituida la política nacional alemana durante los meses del invierno de 1885. Entonces la política universal de Alemania entró en su período mas brillante, si se comprende bajo este nombre la multitud de resul-

(1) *El príncipe de Bismarck*, por Hahn Wippermann, tomo V, páginas 464 á 467. Dignos de mencion son los apuntes de lo recaudado en el interior y en el extranjero para la suscripcion abierta con objeto de hacer el regalo de honor al canciller: Inglaterra envió 26,746 marcos; Francia 16,847; Italia 7,758; Austria 14,074; Rusia 37,852; Africa 21,393; América 31,264 y Asia 9,518.